

debe manifestaros, mas que cualquiera cosa que pudiera deciros, el júbilo que experimento en teneros conmigo. Venid, respetable extranjero, venid á darme alguna leccion de sabiduría. » Y profiriendo tales palabras, hacia señal al filósofo de que caminase delante. Cung-seu dió algun paso atras, y con acento modesto, pero lleno de gravedad, dijo al rey que faltaba á lo que de él exigia la dignidad suprema, y que no debía rebajarse de aquella manera. « No me rebajo (replicó el rey de Tsi) honrando al sabio; el sabio es superior á los reyes. — Lo que estáis diciendo (repuso Cung-seu), y la importancia en que parece tenéis la sabiduría, os colocan por cima del puesto que ocupáis. Pero, ¡oh señor! hay reglas de decoro para todos: los reyes, así como los demas hombres, tienen las suyas. Vos faltaríais á vuestro deber, y yo al mio, si uno y otro atropellásemos el orden establecido. Donde quiera que estéis, á vos se debe la preferencia; es una de las prerogativas inseparables de vuestra dignidad. »

Rindióse el rey á tan buenas razones y no insistió mas en que Cung-seu pasase delante de él, pero fueron á la par á un aposento interior, y conversaron largamente. El discurso versó en parte sobre el modo con que en un Estado bien regulado se debía sacar partido de los hombres. Quedó el rey tan prendado de las miras del filósofo que le prometió emplearlo en el gobierno, y darle en el ministerio uno de los primeros cargos. Entretanto, le concedió por habitacion un palacio destinado á los embajadores de los reinos vecinos cuando venian á sus Estados.

Cung-seu aprendió muy en breve cuán poco habia que contar con el favor de los reyes. Uno de los ministros, temiendo verlo llegar al poder, y reformar los muchos abusos de que él y los suyos sacaban fruto, lo hizo mirar por el rey Tsi como inepto para las altas funciones á que lo destinaba, de modo que obtuvo que retirase su palabra. El filósofo, al oír esta mudanza, se contentó con compadecer á un rey que deseaba el bien, pero que no tenia fuerza para hacerlo, hallándose en dependencia absoluta de los que gobernaban en su nombre; y al dia siguiente se puso en camino para su patria.

Allí, un ministro que lo aguardaba con impaciencia, lo invitó á pasar al palacio. Habia habido muy mal año, y habiendo faltado casi todos los frutos, faltó tambien el tributo impuesto sobre ellos. Sabíase que durante la inspeccion de Cung-seu sobre la agricultura, habian llegado á ponerse las tierras en el mejor estado de que eran capaces; por lo cual el ministro queria saber de qué modo se habia manejado, y qué era menester para llegar al mismo resultado. Acudió Cung-seu á la invitacion; mas penetrando las secretas intenciones del ministro, no le dió sino respuestas vagas y generales. El ministro aparentó quedar satisfecho; pero aquellos de los discípulos que ha-

bian seguido al maestro y asistido á la conferencia, quedaron atónitos y casi humillados. « ¿Maestro (dijeron á Cung-seu), vos, tan benéfico, y que no cesáis de exhortarnos á la caridad, por qué, conociendo tantos medios de hacer productivas las tierras, rehusásteis al hombre en cargo público las noticias que os pedia? No le habéis dicho mas que aquello que sabe todo el mundo. ¿Se habrán apagado vuestras luces, ú os hallaréis disgustado de los hombres? ¿Habrá obrado algun cambio en vuestro corazon la ingratitud que de parte de ellos os alcanza? Á nosotros nos parece que habéis desperdiciado una bella ocasion de hacerles bien. No comprendemos el motivo de vuestra conducta. »

— Me dáis un placer (respondió Cung-seu) abriéndome vuestro corazon; os abriré yo el mio con la misma franqueza. El ministro Ki-sun es un avaro; posee tierras considerables, y no piensa mas que en sacar gran provecho de ellas: percibe el tributo impuesto sobre los frutos, y su único pensamiento es aumentarlo. No imaginéis que, movido de la miseria del pueblo, quiera emplear cuidados para hacerla desaparecer ó aliviarla: no piensa sino en nuevos modos de aumentarla, esquilmando al pueblo. Sabiendo sus intenciones, no quise responder á tenor de sus deseos y de sus caprichosas preguntas. De las luces que yo hubiera podido darle, no se habria valido sino para engordar á costa de los agricultores y de todo el público. ¿Os parece que he hecho mal, y que no amo ya á los hombres por no haber querido contribuir á que se agregasen nuevas penas y opresiones á las que ya gravitaban sobre ellos? »

Los discípulos bajaron los ojos y aplaudieron su conducta. Un pariente del precedente ministro, ministro él tambien, buscó asimismo el favor del filósofo, y no perdía coyuntura de darle públicos testimonios de su alta estimacion. En la ocasion de la escasez de los víveres, originada de la falta casi general de las cosechas, le mandó un regalo de mil medidas de arroz. Cung-seu no rehusó el don, pero lo aceptó como un débito que se satisfacía por consideracion á él; ni una expresion de agradecimiento, ni una palabra de atencion tuvo para el obsequiante. Sus discípulos quedaron al pronto muy cortados; pero no supieron ya qué pensar cuando vieron que su maestro hacia trasportar aquel arroz á uno de los ting, esto es, pabellones erigidos en gran número en la campiña de los contornos de la ciudad; y sin reservarse una sola medida, distribuirlo á los campesinos y á cuantos se presentaban.

Cung-seu dijo: « Sabed que en lo que he hecho no he faltado en nada á mi deber: sino por el contrario, he cumplido por entero con las intenciones del pretendido bienhechor: le he mostrado todo el reconocimiento que tenia derecho á exigir de mí, y ademas le he dado una leccion para provecho particular suyo y provecho del público. Él me regaló mil emdidas

de arroz, yo las he recibido, estas son las gracias que le debia; y estas gracias valen mas en su espíritu que las mas bellas palabras con que hubiera podido acompañarlas, si hubiese querido dárselas con palabras. No he rechazado con desprecio un don que me hacia un hombre en mala voz, aunque sabía muy bien que no se me ofrecía en sentido de beneficencia, sino únicamente por ostentacion y por orgullo. No haberlo devuelto con despecho, es mas que haber mostrado mi reconocimiento con discursos que mi corazon y la verdad habrian dementido igualmente. Nada he conservado de cuanto me dió para mi uso propio, pero lo he distribuido todo á aquellos que tenían mas necesidad que yo de semejante socorro. Así le he hecho comprender cómo ha de regularse él mismo, y lo que ha de hacer de sus riquezas: ¿hay en esto desprecio? »

No podemos referir todos los rasgos de tal género con que el filósofo instruía á sus discípulos en las circunstancias de la vida y de su conducta, que eran propensos á juzgar como la generalidad de los hombres. Con todo, no podemos abstenernos de citar el siguiente que, aunque sencillo en sí, contiene no obstante una útil leccion. Habian ido un dia Cung-seu y sus discípulos á pasear fuera de la ciudad hasta la aldea llamada Vu-in, en que se ejecutaban las danzas practicadas en los sacrificios para obtener lluvias. Cuando llegaron á la entrada del pueblo, propuso Cung-seu á sus discípulos que fuesen á ver cómo se ejecutaban dichas danzas. Escandalizáronse estos, y uno de ellos, que se llamaba Fan-che, se puso á decirle: « Maestro, ¿qué ha de hacer el que quiera ser virtuoso y sabio, y tener reputacion de tal, si la merece, y evitar todo aquello que pudiera dar sospechas poco favorables? » Luego que hubo reflexionado un momento Cung-seu, le respondió:

« Vos preguntáis en pocas palabras muchas cosas. Adivino el motivo: es laudabilísimo en sí, y no puede tener origen mas que en un corazon animado del amor á la virtud. Voy á responder á vuestra pregunta: haced bien en todo tiempo, en todo lugar, en todas las circunstancias en que pudiéreis hacerlo, y seréis, á no dudarlo, virtuosos y sabios. Haced el bien por él mismo, sin ningun motivo de interes personal: que se os hará la justicia que merecéis, y gozaréis sin contradiccion del concepto de virtud y de sabiduría que se forma por sí propio en favor de aquéllos que así se manejan sin parecer ambicionarlo. Sed severos para con vosotros, cuando se trate de vuestros defectos; pero indulgentes para con los demas: no digáis mal de nadie, ni hagáis caso del mal que se puede decir de vosotros: guardaos bien sobre todo de buscar ó de despreciar la aprobacion de los hombres, sino aoged alabanzas y desprecios con la misma indiferencia. Si no contentáis á todos, á lo ménos ninguno os odiará. No tengo que daros otras respuestas por el momento. Vamos á Va-ju; basta con que me

sigan dos ó tres de vosotros; á mi vuelta diré á los demas de qué se trata. »

Halló el filósofo las danzas muy diversas de las antiguas, que inspiraban la honestidad y la virtud, al paso que estas no expresaban mas que indecencia y lubricidad. Gimió por tanto delante de sus discípulos. « El sabio debe verlas una vez, para apreciarlas en cuanto valen, y estar en el derecho de hablar de ellas con desprecio. » No ignoraba el filósofo la naturaleza de aquellas danzas; pero quiso probar con el ejemplo, que hay circunstancias en las cuales el sabio puede ponerse por cima de las reglas ordinarias, si resulta de ello utilidad real para sí propio ó para los demas; porque se aleja de la regla inmutable del justo medio quien hace depender de la opinion de los hombres la moralidad de sus propias acciones. « Es bien entendido (decía á veces) tener miramientos á las preocupaciones comunes; pero es menester no conformarse con ellas en todo; ántes hay casos en que se debe chocar con ellas de frente. »

Esto hará conocer cuánto amaba el filósofo la sinceridad hasta en las mas mínimas cosas. Un dia que, hallándose mas cansado que de costumbre, se divertía en jugar al sse, en la sala contigua al patio de entrada, vinieron á anunciarle que un tal Yu-pei deseaba hablar con él sobre algunos puntos de ceremonial. « No puedo recibirlo (dijo Cung-seu). Id, Yen-oei, á excusarme con él. ¿Qué le diréis? — Le diré que jugáis al sse para descansar de las fatigas. Añadiré que sin gran indiscrecion no se podria interrumpir vuestra distraccion para precisaros á hablar de cosas serias. — Id (contestó Cung-seu), y haced lo que habéis dicho. ¡Oh, qué hombre tan cándido! (continuó en voz baja) no sabria decir las cosas de otro modo que como son; esta es la verdadera virtud. »

Aunque abolidos ó alterados casi todos los usos antiguos, se habia conservado, no obstante, el de ir á orar y ofrecer sacrificios sobre las montañas. Para llenar este piadoso deber, se trasladó Cung-seu á la montaña llamada Nung, seguido únicamente de Seu-lu, Seu-Cung y Yen-oei. Llegado que hubo á la cima, detúvose algun tiempo á considerar desde aquella altura el país por los cuatro puntos cardinales; alzó en seguida los ojos al cielo, y arrojando un profundo suspiro, descendió del monte, llevando en el rostro la marca de la mas viva afliccion. Preguntándole sus discípulos maravillados acerca de la causa, respondió: « Mirando desde la cúspide de la montaña las cuatro partes del mundo, me ha representado los pueblos que nos circundan, dedicados á tenderse lazos, á hacerse recíprocamente mal, á destruirse los unos á los otros, y dispuestos á caer sobre nosotros, para procurar destruirnos tambien: ¿no basta esto para infundir tristeza? Mas triste aun es no poder remediar los males presentes, ni desviar los males futuros. Veamos entre todos; discurremos á ver si podemos encontrar algun medio de conseguirlo. »

Seu-lu, hablad vos primero, decidme lo que pensáis.»

Seu-lu, habiendo reflexionado por algunos momentos, respondió: «Creo que lo lograría fácilmente si se me diese un buen ejército. Antes de ponerme en campaña reuniría en particular y ejercitaria separadamente los diversos cuerpos; designaría el lugar que deberían ocupar en la reunión general, y los conduciría en derecha al enemigo. Cuando estuviésemos en su presencia, haría desplegar las banderas y los estandartes, y quisiera que fueran tales que esparciesen un resplandor semejante á aquel con que brillan el sol y la luna. Haría tocar los tambores y los instrumentos de cobre, y quisiera que su estruendo igualase al trueno cuando estalla con mas fragor. Entonces me arrojaría con furia contra cuantos tuviese por delante; haría cortar la cabeza á los principales de ellos que cayesen en mis manos, y todas aquellas cabezas cortadas las expondría públicamente para servir de terror á los malvados, y de ejemplo á todos aquellos que tuviesen tentación de llegarlo á ser. Despues de la victoria, me retiraría á mi capital, si era rey, y me valdría de estos dos compañeros míos para hacer observar las leyes y resucitar los usos antiguos.

— Sois un valiente, respondió Cung-seu.

— Pues yo (empezó á decir Seu-Cung) obraría de diversa manera. Los reinos de Tsi y de Tzu están próximos á venir á un rompimiento abierto: júntanse tropas por todas partes; los reinos vecinos se disponen á los acontecimientos; creo que podría conseguir que depusiesen las armas y se aviniesen á vivir en paz. Para esto, aguardaría á que los ejércitos se hallasen frente á frente, á punto de venir á las manos; entonces, vestido de luto, me presentaría en medio de los dos, suplicando á los jefes que intimasen silencio, me dejarán hablar, y me oyeran atentamente. Entonces expondría en un patético discurso las ventajas de la paz y los inconvenientes de la guerra; la ignominia y la muerte, no ménos que las desventuras que inevitablemente caerían con todo su peso sobre sus mujeres é hijos y sobre toda su raza. No hay que dudar que, movidos por mi discurso, depondrían las armas, y si fuese rey, me serviría de Seu-lu para ministro de la guerra, y de Yen-oei para ministro de lo interior.

— Sois elocuente, respondió Cung-seu. »

Yen-oei guardaba silencio; no se atrevía, por modestia, á declarar su pensamiento. «Hablad (le dijo Cung-seu); ¿qué se podría hacer para ocurrir á estos males?» Habiendo hecho algun esfuerzo para vencer su excesiva modestia, dijo Yen-oei: «Si algo hubiese de desear para emplearme eficazmente en la felicidad de los hombres, no sería por cierto el ser rey: mis miras no pican tan alto como las de mis discípulos. Desearía únicamente vivir bajo el gobierno de un rey virtuoso é ilustrado y

que él pusiese los ojos en mí para sacar partido de mis débiles talentos, y me empeñara á cooperar con él á la buena administracion del reino. Las plantas *iun é ieu* (la mas olorosa y la mas fétida de las plantas), le diría, no pueden vegetar en un mismo campo: Yao y Kie no hubieran podido gobernar juntos. Empecemos, pues, por remover de nuestro lado los aduladores y viciosos, y sustituyámosles hombres sinceros y de virtud: demos á estos el encargo de instruir al pueblo en los cinco deberes capitales (humanidad, justicia, amor al orden, fidelidad, y buena fe), y de enseñar á cumplirlos. Despues de esto, no teniendo ya enemigos que temer, no tendríamos necesidad de sostener tropas sobre las armas, ni de baluartes ni fosos; en los fosos sembraríamos granos, los materiales de los baluartes servirían para levantar edificios cívicos, y las armas para hacer instrumentos de labranza. Quedando inútil para nosotros la ciencia militar y el valor de Seu-lu, le aconsejaría no pensase mas en empresas militares, y que se atuviese á la práctica exacta y constante de todas las virtudes cívicas. No teniendo necesidad de usar de artificio para persuadir á hacer el bien, y rehuir el mal, se nos haría igualmente inútil el arte oratorio de Seu-Cung; y yo le aconsejaría que no se ocupase mas de la elocuencia y que se contentase con persuadir por medio de su propio ejemplo á quien tuviese deseo de persuadir con sus discursos. Esto es lo que me parece mas conveniente para proporcionar á los hombres la mayor felicidad de que pueden gozar. Si me equivoco, ruego al maestro que me lo advierta.

— Sois un sabio, « respondió Cung-seu.

Ademas de la sala de estudio en que se reunían todos los que asiduamente frecuentaban la casa de Cung-seu, y ademas del gabinete y la biblioteca, habia una sala de honor para recibir á los forasteros y á los que venían únicamente para ilustrarse respecto de algun punto particular de historia, de moral ó de anticuaría. Á esta sala se le daba el nombre de ting; y hoy mismo las hay en los palacios de los príncipes, en los albergues de los grandes, y en las casas de los hombres de cargo ó categoría superior al comun.

Saliendo un dia Cung-seu de su ting, encontró á su hijo Cung-li que iba á ella para consultar algunos libros que allí se encontraban expuestos. «¿Qué tal, hijo (le preguntó), estáis bastante adelantado en el estudio de la poesía? — No atiendo absolutamente á él (respondió Cung-li). — Si no aprendéis la poesía (replicó Cung-seu), si no os ejercitáis en hacer versos, no sabréis nunca hablar bien.» El jóven, habiendo reflexionado sobre esta advertencia de su padre, se aplicó á la poesía, hizo versos, tuvo un éxito pasadero, pero aprendió á conocer perfectamente la lengua, á fijar el verdadero sentido de cada palabra, y á hacer siempre una aplicacion segura de ellas en el discurso.

Muchas veces las lecciones de Cung-seu eran

ménos indirectas. Su moral se resume en las líneas siguientes: «No hay nada mas natural y sencillo que los principios de la moral, cuyas saludables máximas procuro inculcaros. Todo lo que os digo lo practicaron nuestros antiguos sabios, y esta práctica que en los tiempos remotos era generalmente adoptada, se reduce á la observancia de las tres leyes fundamentales de relacion entre soberanos y súbditos, entre padres é hijos, entre marido y mujer, y de las cinco virtudes capitales que basta nombrar para haceros comprender su excelencia y necesidad: la humanidad; esto es, la caridad universal entre todos los de nuestra especie sin distinción; la justicia, que á cada individuo da lo que le es debido, sin proteger á uno mas que á otro; la observancia de los ritos prescritos y de los usos establecidos, á fin de que los que forman la sociedad tengan un mismo modo de vivir y participen de las mismas ventajas é incomodidades; la rectitud; esto es, aquella sana direccion del corazón y de la mente que hace que en todo se busque la verdad, y se apetezca, sin querer engañarse ni engañar á otros; finalmente, la sinceridad y buena fe; es decir, aquella franqueza, aquella espontaneidad de corazón unida á la confianza, que excluyen toda ficción y disfraz así en la conducta como en el discurso. Esto hizo respetables en vida á nuestros antepasados, é inmortalizó sus nombres cuando dejaron de existir. Hagamos toda clase de esfuerzos por imitarlos.»

En los siguientes párrafos pueden resumirse las doctrinas morales de Cung-seu:

«Siendo el hombre un ser racional, ha nacido para vivir en sociedad; no hay sociedad sin gobierno, ni gobierno sin subordinacion, ni subordinacion si una superioridad anterior al establecimiento de las condiciones, no concedida sino al nacimiento ó al mérito; al nacimiento la confiere la diferencia de edad; al mérito, ó por mejor decir, á los talentos, el arte de cautivarse los corazones. Así, el padre y la madre reinan naturalmente sobre los hijos; los primogénitos, sobre los hermanos menores; y en las sociedades de los hombres, el que entre ellos sabe ganarse á sus semejantes hasta el punto de hacerse obedecer de ellos; talento raro, ciencia sublime, que á primera vista parece que no pertenecen mas que á un pequeño número de seres privilegiados, y que, por el contrario, son de toda la especie general, siendo la humanidad, y no siendo la humanidad sino el hombre mismo. El que tiene mas humanidad entre sus semejantes, es un ser mas hombre que ellos, merece mandarlos. La humanidad es, pues, el fundamento de todo, la primera, la mas noble de todas las virtudes. Amar al hombre es tener humanidad; tener la virtud que indica el vocablo *jin*. Es menester, pues, amarse á sí mismo; es menester amar á los demas. En este amor que debe tenerse para consigo y para con los otros, hay necesariamente una medida, una diferencia, una regla

inmutable que á cada uno asigna lo que le es legítimamente debido; y esta diferencia, esta medida, es la justicia.

» La humanidad y la justicia no son arbitrarias; son aquello que son, independientemente de nuestra voluntad; mas para poder ponerlas en práctica, y hacer de ellas una sola aplicacion, es menester que haya leyes establecidas, usos consagrados, ceremonias determinadas. La observancia de tales leyes, la conformidad con tales usos, la práctica de tales ceremonias, forman la tercera de las antedichas virtudes capitales, aquella que á cada uno enseña sus deberes particulares (*li*); esto es, el orden.

» Para cumplir exactamente con todos sus deberes sin turbar la economía del orden, es necesario saber conocer, es necesario saber distinguir, es necesario saber aplicar á propósito este conocimiento seguro, este sabio discernimiento; semejante aplicacion es aquella rectitud de mente y de corazón (*chi*), aquella prudencia, aquella sabiduría que hace examinar todas las cosas sin preocupacion, con el solo propósito de conocer la verdad, y que se atiende á esta verdad para hacerla prevalecer, ó para conducirse en conformidad de lo que ella indica. La humanidad, la justicia, el orden y la rectitud misma pueden extraviarse á cada paso: les es necesaria una compañera fiel que no las abandone jamas; les es necesario un escudo contra el amor propio, el interes personal y toda aquella turba de enemigos que las atacan de continuo. Esta compañera fiel, este seguro escudo, es la sinceridad y la buena fe (*sin*). La sinceridad da precio á nuestras acciones, forma todo su mérito. Sin la necesidad, la que parece virtud no es mas que hipocresía; lo que relumbra con mas esplendor, lo que nos deslumbra, no es sino luz pasajera, la cual no aguarda para extinguirse mas que el tenue soplo de la mas leve pasion.

» Estas cinco virtudes, como todos ven, se derivan unas de otras, se sostienen recíprocamente, forman una cadena que liga á todos los hombres entre sí y constituye su mutua seguridad y felicidad: y no se la podría romper sin despedazar al mismo tiempo los vínculos de la sociedad.»

Continuaba Cung-seu enseñando así la sabiduría, y tomando gran amor á los intereses públicos. El rey de Lu, á quien habian llamado la atencion los servicios que el filósofo habia prestado indirectamente á la patria, quiso finalmente tenerlo por ministro. Habiéndolo hecho, por tanto, llamar, le comunicó las intenciones que respecto de él tenia. Cung-seu, que no buscaba mas que hacerse útil restituyendo á los hombres á la práctica de sus deberes respectivos, aceptó sin vacilar el fatigoso encargo. Empezó ejerciendo el oficio de gobernador del pueblo (título equivalente al de alcalde ó corregidor) en la ciudad misma en que tenia establecida el rey su corte; á los cuarenta y siete años de edad.

Al tomar posesión de su cargo, su primer cuidado fué atraerse al mayor número de sus gobernados por medio de su beneficencia para con las clases inferiores. Hablábase á menudo, y procuraba descender al nivel de ellos; parecía mas bien consolarlos, y por tal medio, les insinuaba la conveniencia y la necesidad de lo que tenia resuelto. Luego que los había persuadido, y que en vista de la disposición que observaba en ellos estimaba poder emprender sus reformas sin recelo de comprometerse ó de rebajar la autoridad, publicaba órdenes, y las hacía llevar á cabo rigurosamente. Á los tres meses de ejercicio, tuvo la satisfacción de ver que todo había cambiado de aspecto. Contentísimo Ting-cung de tal cambio, tan glorioso para su reinado, dió sincerísimas gracias al autor de él. « El reino de Lu (dijo á Cung-seu) se encuentra en el estado mas floreciente; mis súbditos se han hecho sumisos, dóciles y laboriosos. Esta es obra vuestra. Pero no está aun perfeccionada: espero que lo estará en breve. »

Esperanza nada vana: el nuevo magistrado dirigió su atención á los agricultores, clase la mas útil de todas. Mandó hábiles peritos á visitar las tierras y tomar noticias exactas de ellas, con el fin de no hacer ó establecer nada que pudiese resultar en perjuicio de álguien. Luego que estuvieron de vuelta, aprovechó las luces que le dieron para hacer reglamentos análogos á la calidad de los diversos terrenos, los cuales distribuyó en cinco clases generales: en la primera los altos y áridos; en la segunda los húmedos y bajos, en la tercera los terrenos arenosos y casi estériles; la cuarta comprendía los compactos, sustanciosos y casi arcillosos, y la quinta aquellos que, mediante un cultivo mas ó ménos esmerado, podían ser llevados al mayor grado de fertilidad. Dejó á la inteligencia de los cultivadores clasificar bajo una de las cinco especies señaladas por él los terrenos de que no hacía mención. Determinó para cada clase la siembra que se le podía confiar; estableció las épocas en que se había de sembrar, plantar y recoger, á fin de que todos los frutos llegasen á una conveniente madurez. Tales reglamentos, exactamente observados, proporcionaron abundante y sano alimento; y ricos, y pobres, propietarios y agricultores sacaron su provecho.

Los agentes mandados á examinar la naturaleza de los terrenos, le refirieron además, que los ricos, bajo pretexto de honrar á los muertos, erigían á gran costa sepulcros que ocupaban vastos espacios en donde las tierras prometían gran feracidad. « Es un abuso (dijo Cung-seu), á que pronto buscaré remedio. » En efecto se dió maña para destruirlo sin usar de la fuerza ni de la autoridad. « Los sepulcros (dijo en tal ocasión) no deben asemejarse á jardines de recreo y diversion: lugares de sollozos y de lágrimas los consideraban los antiguos. Celebrar suntuosos y magníficos banquetes en aposentos en que todo respira lujo y regocijo, junto á las

tumbas que encierran las cenizas de aquellos á quienes somos deudores de la vida, es una especie de insulto á los muertos. Los lugares elevados y ménos aptos al cultivo son mas convenientes para mansion de los muertos; no es necesario cercarlos de muros, ni decorarlos con árboles simétricamente alineados. Despojados de estos frívolos ornatos, serán puros y sinceros los homenajes que cada uno se apresure á rendir allí á los difuntos. Es, pues, necesario que el que quiera practicar ritos con arreglo á su verdadero espíritu, se atenga á lo que fué establecido por los sabios de la antigüedad. Por el reino de Lu se modelan hoy día los demas reinos: hagamos que al imitarlos, no practiquen sino lo que nos ha sido transmitido por el gran Cheu-cung. » Semejante expediente tuvo un éxito maravilloso: no se volvieron á enterrar los muertos mas que en terrenos inhábiles para el cultivo, y en las alturas, cuando las circunstancias lo permitían.

El rey de Lu, cada día mas contento con la conducta de Cung-seu, lo hizo llamar para hablarle privadamente, y ofrecerle el cargo de *sseheu*, ó presidente de la magistratura, tanto civil como criminal, de todo el reino, con autoridad únicamente inferior á la suya. Cung-seu, de cincuenta años de edad entónces, titubeó antes de dar contestación; y el rey, creyendo que iba á rehusar, sin aguardar á que se explicase le dijo: « Cuento con vos para la recta administracion de la justicia. Reformad lo que há menester ser reformado; estableced cuanto os parezca conveniente y útil; yo apruebo anticipadamente lo que hiciéreis. »

— Estad seguro (respondió Cung-seu) de que pondré todo ahinco en hacerme digno de la bondad que tenéis para conmigo y de las muestras de confianza que tenéis á bien darme. Pero tengo que advertir á vuestra majestad que empezaré el ejercicio de mis funciones con la ejecución mas estrepitosa, pero la mas necesaria, que de mucho tiempo acá se ha presenciado en vuestro reino. Uno de vuestros primeros funcionarios se ha hecho reo de multitud de culpas, una sola de las cuales bastaría para deber perder ignominiosamente la vida. El miserable de quien hablo es el mas rico y acreditado de vuestros tai-fu: es Chao-yeng-mao. Es forzoso que muera, y que su suplicio aterrice á los malvados. Si lo dejáis vivir, el pueblo continuará gimiendo bajo el peso de la tiranía, y pondrá en peligro vuestro mismo trono. Él es el autor de todos los males que precedentemente afligieron el reino de Lu; atizó el fuego de la discordia; nada omitió para difundir el espíritu de la rebelion. Es menester que muera. ¿ Os opondréis vos, si todos sus delitos están probados en términos de que confiese él mismo? »

El rey, despues de algunas observaciones, contestó: « Haced, haced lo que exijan la justicia, la fidelidad á mi servicio y la estricta probidad; no os pondré obstáculo. »

Con tal promesa, Cung-seu entró en posesion

de su nuevo cargo, y comenzó su carrera con informaciones jurídicas sobre la conducta del alto dignatario. El proceso fué instruido en breve, y á los siete días de instalado supremo juez, condenó Cung-seu al delincuente á pública decapitacion con el sable que se custodiaba en la sala de sus ascendientes. Semejante justicia hizo temblar á los mas audaces, en particular á aquellos de entre los grandes á quienes remordían algunas culpas; los discípulos mismos del filósofo quedaron en un estupor de que les costó trabajo salir. Seu-cung le hizo respetuosas reconvenções, representándole las cualidades del condenado, y preguntándole si en su juicio no había habido un poco de precipitación. « Estoy contento (le respondió Cung-seu) de vuestro modo de pensar. Lo que habéis dicho merece de mi parte una respuesta que pueda satisfaceros. No ignoro ninguna de las cualidades, tanto buenas como malas, de Chao-yeng-mao; y á pesar de tal conocimiento, he juzgado que no se le podía dejar vivir. No os hablaré de sus rapiñas, de sus despojos, de sus vejaciones y de los crímenes que se le podían echar en cara; os diré únicamente que hay cinco especies de delitos imperdonables. Tened bien presente lo que váis á oír, para poder reflexionar despacio sobre ello. Es bueno antes de ejercer un oficio, que con frecuencia pone al hombre mas inclinado á la dulzura en el caso de castigar con la severidad mas rigurosa, hallarse convencidos de ser esta una necesidad indispensable, y que demostraria no amar al hombre, no tener humanidad, quien obrase diversamente. »

« El primero de los crímenes que no merecen perdón, es el de meditar secretamente las culpas, y ejecutarlas bajo máscara de virtud. El segundo, una incorregibilidad reconocida y á menudo probada en casos graves contrarios al bien general de la sociedad. El tercero, la mentira calumniosa, vestida con el manto de la verdad para engañar en materias importantes á aquellos que en algun modo influyen en la felicidad ó infelicidad del pueblo. El cuarto, la venganza ejercida con crueldad, despues de haber velado por largo tiempo bajo apariencias de amistad el odio que la hubo sugerido. El quinto, en fin, el decir, blanco y negro, pro y contra sobre un mismo asunto, segun interese. Todos estos delitos merecen ejemplar castigo. Chao-yeng-mao se ha hecho culpado de todos cinco á la vez; culpado incorregible, y que á nada ménos tendía que á subvertir el Estado: juzgad si yo debía, si podía perdonarlo. »

Esta exposicion del maestro no habia satisfecho plenamente á sus discípulos. Miéntras la parte mas sana de la corte y de la ciudad aplaudía la justicia y la firmeza de Cung-seu, y el público no veía en él mas que un protector ilustrado contra las vejaciones de las personas que ejercían jurisdiccion, algunos de sus discípulos trataban de quitarse todos los escrúpulos que conservaban respecto á aquella justicia

ejemplar de su maestro. Recordáronle la antigua doctrina que establecía que los tai-fu no estaban sujetos á las leyes penales que se aplicaban á los demas delincentes, y que sin embargo, había él hecho ajusticiar al tai-fu Chao-yeng-mao como á un reo comun, y aun mas rigurosamente.

« Tengo mucho gusto en satisfaceros (contestó Cung-seu), y explicaros el verdadero sentido de aquella antigua ley, de la que parece no conocéis mas que las palabras. »

« En cuanto á los tai-fu, dice la ley, no es conveniente que sucumban á los suplicios como los demas; basta con representarles sus culpas, enseñarlos á sonrojarse de ellas, y abandonar á ellos mismos el cuidado del castigo. Con estas palabras no oxime del suplicio la ley á los tai-fu que se hayan hecho culpados de los diversos delitos por que se castiga á los hombres comunes; quiere que se crea que hombres que, en virtud de la dignidad de que se hallan revestidos, están obligados á impedir los delitos, no los pueden cometer; quiere por otra parte que, en caso de que hubieren tenido la desgracia de cometerlos, sean irremisiblemente castigados; pero de modo que no quede envilecida su dignidad. El espíritu de la ley es el de honrar la dignidad en la persona misma del reo, y por esta razon no se hablaba jamas claramente de los crímenes cometidos por un tai-fu, y si era forzoso hablar de ellos, se hacía de un modo alegórico. Cuando por ejemplo merecía castigo un tai-fu por sus desórdenes criminales, se decía en público que los vasos y utensilios que servían para los sacrificios, se hallaban en un estado de indecencia y suciedad que causaba horror. Si debía ser castigado por haberse manchado con otros delitos indignos de su clase, se contentaban con decir que las tiendas que sirven de pabellon en el lugar en que se sacrifica se hallaban hechas girones y manchadas. Los tai-fu culpados eran castigados con arreglo á la gravedad de sus culpas; pero semejantes culpas no se anunciaban claramente, y proferían ellos mismos su sentencia, de la cual eran únicos ejecutores, porque nadie podía ponerles encima la mano. Ved aquí en qué forma se practicaba. »

« Un tai-fu convencido con pruebas evidentes de algun crimen que mereciese la muerte, se citaba á sí mismo ante los jueces y comisarios nombrados por el soberano; se acusaba reo, concluía que no merecía vivir, y suplicaba se obtuviese para él el permiso de darse la muerte. Los jueces le decían en forma de exhortacion cuanto era conducente á inspirarle vergüenza y arrepentimiento, é iban á tomar las órdenes del soberano. Á su regreso, el tai-fu delincuente se cubria la cabeza con un gorro blanco, se vestía de luto, y se trasladaba á la puerta del palacio, llevando en la mano el sable lavado por sí mismo con agua pura en el lugar de los sacrificios. Apénas llegaba, arrodillabase con el rostro mirando al Poniente, y aguardaba se le